

Reflexiones de un pedagogo caminante

Reflections of a Walking Pedagogue

Juan-Miguel Fernández-Balboa Balaguer

Universidad Autónoma de Madrid

CORRESPONDENCIA:

Juan-Miguel Fernández-Balboa Balaguer

Dpto. de Educación Física, Deporte y Motricidad Humana

Facultad de Formación de Profesorado y Educación

Universidad Autónoma de Madrid

Ciudad Universitaria de Cantoblanco

28049 Madrid

juanmiguel.fernandezbalboa@uam.es

Recepción: enero 2010 • Aceptación: enero 2010

Este escrito explica, de forma auto-biográfica, el proceso seguido por un profesor universitario en la formación de profesorado de Educación Física, desde su época de estudiante hasta el presente, para encontrar su propio “camino” pedagógico y personal. En el relato, el autor hace alusión a dos protagonistas esenciales en dicho proceso: su antiguo maestro de judo y un ex alumno.

Siendo alumno en el Instituto Nacional de Educación Física de Barcelona, a finales de los años 70, cursé la “maestría” de judo –un arte marcial japonés–. La palabra *judo*, como es bien sabido, significa “camino de la gentileza, de la no resistencia”. Recuerdo con cuánto ahínco y tesón, durante varios años, estudié y practiqué, física y mentalmente, de modo incesante, sus técnicas y principios, tanto dentro como fuera del *tatami*¹, para conseguir el cinturón negro, símbolo de tal maestría. Además de entrenar realizando miles y miles de repeticiones de *uchi komi*² e incontables horas de *rاندori*³ con el fin de automatizar mis movimientos para que mi cuerpo respondiese instintiva y eficazmente en competición, mi vida entera revolvía alrededor del judo. Mi ropa más habitual era el *kimono*⁴ (cuando no el chándal), leía libros de judo, hablaba principalmente de judo, iba a ver competiciones y exhibiciones de judo, asistía a cursos y seminarios de judo. Incluso mis comidas y horas de sueño estaban diseñadas para sacarle el máximo partido en este deporte. En definitiva, más que *aprender judo*, *vivía el judo* (o así lo creía).

Por fin, el gran día llegó, y todo mi esfuerzo se vio recompensado: gané mi preciado (y precioso) cinturón. Dadas las circunstancias, cabría esperar que me invadiera el éxtasis, y, efectivamente, así fue; pero apenas durante unas horas. Pasada la euforia inicial, sin embargo, me vi inmerso en un repentino y profundo vacío –algo esencial me faltaba–. “¿Es eso todo?”, pensé. “Ya he logrado mi meta. ¿Por qué me siento así?” Esa noche apenas dormí.

Al día siguiente, desorientado, volví al *dojo*⁵. Ansioso de probar(me) mi nuevo estatus y ver si podría hacer cosas de las que no había sido capaz con anterioridad, inicié el entrenamiento. En realidad, algo había cambiado, pero no para mejor. Lejos de fluir, tal vez por la presión que me estaba auto-imponiendo, me sentí incómodo y torpe. De hecho, mi técnica, normalmente pulida y efectiva, parecía empeorar por momentos. Cuanto más intentaba hacer las cosas bien, peor me salían. La inseguridad hizo presa en mí y, frustrado, para ahuyentarla, no se me ocurrió más que aumentar la intensidad de mi práctica y vapulear a mis compañeros menos expertos. En un momento dado, perdí el control y proyecté a mi *uke*⁶ con tal violencia que éste permaneció varios segundos tumbado en el suelo, sin poder respirar. Mientras tanto, yo, perplejo y algo culpable, le miraba sin saber qué hacer ni qué decir.

Mi *sensei*⁷, César Páez, ex campeón de España de todas las categorías, me había estado observando desde la distancia. Al ver lo ocurrido, se acercó, asistió al alumno allí tendido y, una vez recuperado éste, le acompañó hasta un borde del *tatami* para que descansase unos minutos. Seguidamente, volvió hacia mí y, con un solemne salu-

1 Zona de suelo acolchado donde se practica el judo.

2 Ejercicio consistente en la constante y atenta repetición de las técnicas del judo.

3 Ejercicio que simula el combate con el fin de practicar las técnicas de judo de un modo realista y dinámico.

4 Vestimenta de algodón grueso apropiada para la práctica del judo.

5 Espacio o local donde se practica el judo.

6 Compañero/a de práctica.

7 Maestro/a.

do, me invitó (retó), por primera vez en todos esos años, a realizar un randori con él. Extrañado, le devolví el saludo y me dispuse a empezar. El ejercicio duró apenas tres o cuatro minutos, y reconozco que no lo disfruté. A pesar de mi gran deseo de “ganarle”, no pude más que intentar, en vano, mantener el equilibrio. Sus magistrales embates eran de tal velocidad y habilidad que tan pronto estaba yo de pie como me encontraba de nuevo volteando en el aire y cayendo pesadamente en el tatami. Cuando lo consideré oportuno, mi maestro soltó mi kimono, dio un paso atrás y, mirándome fijamente a los ojos con una expresión seria (pero respetuosa), volvió a saludarme y declaró: “Miguel, *ese* (se refería a lo que yo había hecho a mis compañeros de práctica aquel día) no es el camino”. Luego, sin más, lentamente, se alejó para instruir a otro de sus alumnos.

Sus someras palabras contenían una sabia lección, sin duda la más valiosa que nunca me enseñó; pero, como suele ocurrir en muchos casos, yo todavía no estaba capacitado para aprenderla. Mi ego arrogante no sólo me había alejado del camino del judo, de su esencia, de la gentileza, sino que también oscurecía la luz de aquel experto mensaje. Empecinado, cegado por la ambición de acumular más *danes*⁸, proseguí con mi dura preparación; con los intensos, y en ocasiones violentos, entrenamientos; y con las fatigosas y frenéticas competiciones. Todo ello, empero, lejos de llevarme al éxito que yo tanto ansiaba, me condujo a un vacío aún mayor. Sin comprender lo que pasaba, seguí intentando compensar esa oquedad con más esfuerzo e, incluso, con más crueldad. Pero todo ello llevó a lo inevitable. Tres años más tarde, habiendo creado más enemigos que amigos, tras suspender el examen para tercer dan y fracasar en todas las competiciones a las que me había presentado, abandoné el judo, lleno de lesiones, completamente exhausto y con un lacerante sentimiento de malogro. Nunca más volví a practicarlo, y mucho menos a enseñarlo.

Tuvieron que transcurrir casi diez años para que yo pudiese entender lo que mi maestro me quiso indicar. Durante ese periodo, mi búsqueda de algo que me llenase prosiguió con desaforo. Eventualmente, me fijé otra ambiciosa empresa –la de ser profesor universitario en los Estados Unidos–. No casualmente, ésta tenía ciertos paralelismos con la anterior, a diferencia de que, lejos del simbolismo filosófico de la primera, la segunda posee, en términos generales, un cariz mucho más técnico. Con un renovado ímpetu, y no totalmente consciente de los obstáculos que debería superar, me puse manos a la obra, dispuesto a ir alcanzando las

metas habituales a tal efecto (un doctorado, una plaza en una universidad, las subsiguientes promociones a categorías académicas superiores, etc.).

Tras doctorarme, la primera gran meta (una especie de “cinturón negro” en el escalafón institucional universitario), sentí la misma vacuidad y vulnerabilidad que había vivenciado en la práctica deportiva. Y, por segunda vez, volví a cometer el mismo error al pretender superar aquella situación mediante el ejercicio del control y la intimidación. De esta forma, ya como profesor en una universidad norteamericana, opté por erigirme en la autoridad absoluta en el aula, achantando, desafiando y “apretando las clavijas” a mis estudiantes con el fin de evitar, en lo posible, que pudieran ver en mi interior. Pero el uso de la fuerza tampoco funcionó. Cuanto más intentaba dominar, más se resistía el alumnado. Inevitablemente, la tensión fue aumentando a medida que el tiempo pasaba. Así las cosas, tal llegó a ser mi estado de frustración (y dolor) que consideré seriamente abandonar la docencia universitaria. Si no lo hice fue, debo admitirlo, por miedo a no saber qué hacer con mi vida sin ese asidero profesional. Por suerte, en el momento en el que más lo necesitaba, apareció otro maestro dispuesto a guiarme. En esta ocasión fue uno de mis más brillantes y capaces “alumnos”, con quien, pese a la coyuntura general, había entablado cierta amistad. Un día, tras una breve conversación, le pedí ayuda. Después de unos momentos de silencio, como para sopesar el riesgo de formular su opinión, sugirió que mi forma de enseñar no era adecuada. “Creas tensión,” dijo, “y la gente se «rebota»”. Evidentemente, aquello no era lo que yo quería oír; pero la sinceridad de sus palabras pudo más que mi soberbia. Superando el impulso de rebatir su afirmación, comprendí que ésta, en sustancia, contenía el mismo fondo del mensaje que mi *sensei* había expresado años atrás. Ciertamente, *jese* no era el camino!

Así fue como vi cuán equivocado había estado durante todo aquel tiempo. El “camino” no consistía en la coacción ni en la dureza; sino en la humildad, en la no resistencia, en el respeto por uno mismo y por los demás. Ese fue mi punto de inflexión.

A partir de aquel instante, inicié un intenso proceso de cambio como pedagogo y como persona (siendo que ambos aspectos van íntimamente ligados, y un cambio en uno siempre se refleja en el otro). A falta de otros recursos, empecé a leer a intelectuales como Carl Rogers, Paulo Freire, Arthur Combs, Maxine Greene, Bell Hooks, Henry Giroux, Michel Foucault, Miles Horton, Alices Miller, Pierre Bourdieu, entre otros/as, y a imbuirme de sus teorías y enseñanzas. A medida que avanzaba en mis lecturas y reflexionaba sobre las mismas, fui comprendiendo que la verdadera educa-

8 Dan: grado de cinturón negro. En judo, el máximo es el décimo dan, otorgado en exclusiva al fundador de este arte marcial, Jigoro Kano.



ción debe apuntar al crecimiento en libertad. También aprecie que este proceso es tanto mejor cuantas más personas participan en él; o sea, que no es sólo competencia del/a profesor/a, sino también del alumnado. En consecuencia, y no sin reservas, fui modificando mi forma de enseñar; pasé de imponer “mi ley”, como vía única, a proponer compromisos democráticos y a fomentar alternativas participativas y cooperativas. Además, empecé a hacer incisos en las “lecciones” para explicar las razones que impulsaban mi metodología de diálogo, de proyectos conjuntos, de contratos de enseñanza-aprendizaje mutuamente acordados y de auto-evaluación. Por otro lado, alenté a quienes compartían el aula conmigo a que pidieran justificaciones sobre mis acciones y a que se sintieran libres y capaces de expresar sus propias ideas y opiniones, incluso si éstas eran contrarias a las mías. En definitiva, la “lógica” de los castigos y amenazas dio paso a la lucidez.

El resultado de esos cambios fue (y sigue siendo) extraordinario. En pocas semanas me empecé a notar más alegre y pleno, mientras que noté que emergía un renovado interés, proveniente del “alumnado”, por aprender, compartir y proponer. Con el entusiasmo que nos iba contagiando adquiríamos confianza para contemplar nuevas opciones y posibilidades y para romper con ciertos patrones de la enseñanza tradicional que interferían con el flujo del aprendizaje. Por ejemplo, acordamos que no todos/as teníamos que hacer (leer, estudiar, escribir) lo mismo o al mismo tiempo, siquiera en el mismo sitio; sino que cada cual

podía marcarse sus propias metas y sus propios ritmos y elegir, en tanto en cuanto fuese posible, contenidos específicos y lugares particulares en los que enfocar la atención y profundizar en el conocimiento. Todo ello, eso sí, manteniendo la coherencia con el programa de cada asignatura. Incluso, tal y como se hace en el judo, empecé a saludar a todos/as mis co-aprendices antes y después de cada sesión de clase, como gesto de bienvenida, respeto y admiración; incluso comencé a dar algún abrazo que otro, cuando consideraba que la ocasión lo requería. Estas simples acciones no son una nimiedad; al contrario, son fundamentales en este tipo de pedagogía. Sirva para ilustrarlo el siguiente extracto de un *e-mail*, enviado por un ex “alumno” de cuarto de licenciatura, de la Universidad Autónoma de Madrid, una vez concluida la asignatura de “Educación Física e Investigación”:

Hola Juan Miguel: El otro día, en la última clase, no pude decirle nada porque ni siquiera sabía lo que decirle después de estos meses en los que mi vida ha cambiado. En estos meses (...) me he dado cuenta de muchas cosas y creo que esa luz de la que habla ha llegado hasta mi vela y la ha encendido. Podría decirle muchas cosas al respecto de la transformación que he sufrido (...) pero creo que todo se resume en dos momentos. El primero de ellos es el apretón de manos que nos dábamos cada día al comenzar y al terminar la clase. Ese apretón de manos lo dice todo de mí, mucho más que todo lo que pueda escribir en este e-mail. El segundo momento (...)

es el abrazo del último día de clase. Puedo decirle que, en 21 años, nunca ningún profesor me ha dado un abrazo y me ha felicitado por mi trabajo. Esos dos momentos, en definitiva, resumen todo lo que pueda decirle por escrito. (...) Un saludo y muchas gracias por poner una piedra más en mi montaña de piedras que hace que todas las de debajo cobren sentido.

Ese sentido, en definitiva, es elemental para encontrar los caminos idóneos (véase que no todos lo son) y para, de entre ellos, descubrir el propio. Por el que yo he optado, curiosamente, al justificarse en el judo, viene a cerrar un círculo en mi *(an)danza* particular. En los veinte años que llevo en él, he podido constatar, una y otra vez, que la gentileza puede más que la fuerza bruta; que no hace falta obligar para avanzar; y que el co-aprendizaje, con humildad y cariño, conlleva profundos y significativos cambios a nivel existencial para todos los implicados. Además, debo decir que, actuando de este modo, he recibido tanto o más de lo que haya podido dar. No es de extrañar, pues, que cada día me sienta más seguro y sereno, más lleno y satisfecho, con más ganas de seguir adelante.

Dicho esto, sólo me resta aclarar que mucho tengo aún que aprender y que, lejos de sentirme el protagonista de ese caminar, soy un simple instrumento inspirado y orientado por energías sinérgicas e intuitivas que todavía no llego a comprender (tal vez nunca pueda), pero que, no obstante, están presentes en todos nosotros. En mi caso, esas energías se ven alimentadas y aumentadas por el magnífico “espíritu” de mis

dignos, generosos y excepcionales co-aprendices, con quienes tengo el honor de compartir y construir el camino, y a quienes dirijo todo mi agradecimiento y admiración. Doy gracias, también, a César Páez y a otros maestros y maestras que he ido encontrando a lo largo de la senda. De todos ellos y ellas es el verdadero mérito de esta apasionante y valiosa aventura que, para mí, es educar.

Bibliografía

- Fernández-Balboa, J. M. (2006). La Educación Física en un marco ético: navegando hacia la Ciudad Feliz. *Actas del I Congreso Internacional UEM: Actividad física y deporte en la sociedad del siglo XXI*. Madrid: Universidad Europea de Madrid.
- Fernández-Balboa, J. M., y Muros Ruiz, B. (2005). Reflexiones sobre pedagogía y principios: un diálogo entre dos educadores de maestros. En A. Sicilia y J. M. Fernández-Balboa (Coords.), *La otra cara de la enseñanza: La educación física desde una perspectiva crítica* (pp. 115-126). Barcelona: INDE.
- Fernández-Balboa, J. M. (2005). La auto-evaluación como práctica promotora de la democracia y la dignidad. En A. Sicilia y J. M. Fernández-Balboa (Coords.), *La otra cara de la enseñanza: La educación física desde una perspectiva crítica* (pp. 127-158). Barcelona: INDE.
- Fernández-Balboa, J. M. (2004). La Educación Física desde una perspectiva crítica: De la pedagogía venenosa y el currículum oculto hacia la dignidad. En V. M. López Pastor; R. Monjas y A. Fraile (Coords.), *Los últimos diez años de la educación física escolar* (pp. 215-225). Centro Buendía: Universidad de Valladolid.
- Fernández-Balboa, J. M. (2004). Recuperando el valor ético-político de la pedagogía: Las diferencias entre la pedagogía y la didáctica. En A. Fraile (Coord.) y otros, *Didáctica de la Educación Física: una perspectiva crítica y transversal* (pp. 315-330). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fernández-Balboa, J. M. (2003). La auto-evaluación (y la auto-calificación) como formas de promoción democrática. *Materiales de formación del profesorado universitario-Guía III* (pp. 93-119). Córdoba: Unidad de Calidad de las Universidades Andaluzas.